

puentes

año 1 - número 1 - Agosto 2000

CAUSAS POR LA VERDAD

LA JUSTICIA NO SE RINDE

Escriben: Horacio Verbitsky, Ricardo Gil Lavedra, Leopoldo Schiffrin, Horacio Cattani, Hugo Cañón.

Diálogos en el país del olvido, por Elizabeth Jelin, Hilda Sabato, Hugo Vezzetti. Las marcas del miedo, por Gabriela Cerruti. Lecciones y legados, por Zygmunt Bauman. Cuando las piedras hablan, por James Young.

Zygmunt Bauman: Modernidad y Holocausto

LA SOLIDARIDAD PUEDE VENCER A LOS GENOCIDAS

"El terrorismo de estado incapacita moralmente a los individuos, pero no puede liberarlos de la responsabilidad y el remordimiento". Entrevista con el pensador polaco Zygmunt Bauman.

Definido alguna vez como "profeta del posmodernismo", Zygmunt Bauman, nacido y educado en Polonia, es uno de los sociólogos más destacados y polémicos de la actualidad. Profesor emérito de Sociología en la University of Leeds (Inglaterra) y de la Universidad de Varsovia, recibió en 1998 el Premio Theodor W. Adorno. La presente entrevista gira en torno a su libro *Modernidad y Holocausto* (1992), donde Bauman propone algunos ejes para pensar los procesos autoritarios y la responsabilidad colectiva.

—¿Por qué, según escribió en *Modernity and the Holocaust*, el Holocausto es un éxito y no un fracaso de la modernidad?

—La modernidad se funda en el poder de los instrumentos. La medida del éxito es la eficiencia, la velocidad y la escala del rendimiento. La debilidad de la modernidad reside en la vaguedad e incertidumbre sobre los fines para los cuales deben usarse los instrumentos. La razón de la modernidad es instrumental. Dice mucho acerca de cómo deben hacerse las cosas, pero nada de qué cosas deben ser hechas. Las decisiones en relación a los

fines se toman de una manera que tiene muy poco de "moderna": tales decisiones concierne a la ideología y el poder político y/o militar. A diferencia de la eficiencia de los instrumentos, la propiedad de los fines elegidos no puede ser "probada" o "refutada". La promoción de determinados fines y el hecho de que otros nunca lleguen a implementarse depende de luchas de poder, no de demostraciones. La modernidad hace que el mundo sea "limpio", "transparente", predecible y, por esto mismo, "ordenado". Ordenar significa convertir la realidad en algo distinto de lo que es: suprimir aquellos elementos de la realidad considerados responsables de la "impureza", "opacidad" y "contingencia" de la condición humana. Algo muy parecido a poner orden en el jardín: algunas plantas son reclasificadas como malezas y, como no existe un lugar destinado a ellas, deben ser exterminadas. Es por eso que el Holocausto es un producto legítimo de la modernidad: después de todo, se trató de usar la mejor tecnología disponible para limpiar el mundo de los elementos que se interponían en el camino hacia la perfección. El modelo de perfección era en este caso un mundo libre de



ENTREVISTA:
PAOLO GIACCA
ILUSTRACION:
ANTOINETTE MESCHERIAN

“La modernidad hace posibles los asesinatos en gran escala, pero no es su causa. Junto a los medios técnicos para planear y ejecutar un genocidio —y la tentación de hacerlo siempre que se percibe fuertemente la necesidad de orden—, la modernidad procreó también instituciones que pueden resistir la elección arbitraria de las víctimas y prevenir la concentración de poder que exige su destrucción”.

la “anti-raza” judía y la colocación de las razas inferiores en el papel que les parecía más adecuado: siervos de la Herrenrasse. En otros genocidios modernos, los objetivos fueron diferentes: el orden podía reclamar el exterminio de los anti-comunistas y sus eventuales simpatizantes (como en la Rusia stalinista), o de los comunistas y aquellos sospechosos de adherir a ellos (como en Argentina o Chile); o podía requerir también que no hubiera gente culpable de hablar lenguas diferentes o adorar a dioses distintos. Lo repito: no hay nada “moderno” en estos objetivos; pero la confianza en su cumplimiento, la grandiosidad de la visión y el poder de los instrumentos que acompaña esa grandiosidad son absolutamente modernos y resultan impensables sin la modernidad. Si algo en tales genocidios puede considerarse un fracaso de la modernidad es sencillamente que la mayoría de estos se detuvieron antes de alcanzar su meta. Evidentemente, la tecnología no era aún suficientemente moderna.

—¿La modernidad es el vehículo o la causa del genocidio?

—La modernidad hace posibles los asesinatos en gran escala, pero no es su causa. Junto a los medios técnicos para planear y ejecutar un genocidio —y la tentación de hacerlo siempre que se percibe fuertemente la necesi-

dad de orden—, la modernidad procreó también instituciones que pueden resistir la elección arbitraria de las víctimas y prevenir la concentración de poder que exige su destrucción. Entre estas instituciones, el lugar de honor le corresponde a la democracia, con su pluralismo y dispersión del poder. La democracia es la única invención moderna capaz de mitigar las tendencias totalitarias de la demencia del orden. No puede sorprender entonces que tanto el desmantelamiento del sistema democrático como el amordazamiento de las opiniones expresadas democráticamente constituyan el punto de partida de todos los genocidios. En condiciones de pluralidad de poderes, existen mayores posibilidades de que salga a la superficie la repugnancia ética por la violencia y el crimen, y la compasión hacia sus víctimas. Paradójicamente, la voz de la conciencia es mejor escuchada entre esa cacofonía de voces. En cambio, puede tornarse inaudible por las trompetas y coros de la música marcial.

—¿La ética y la racionalidad irían entonces en direcciones contrarias?

—La ética y la racionalidad no se hablan entre sí, y cuando lo hacen es muy difícil que lleguen a entenderse. Emmanuel Levinas, uno de los más grandes filósofos de la ética de nuestra época, observa que toda la inmoralidad se inició a partir de la pregunta de Caín “¿Soy acaso el guardián de mi hermano?”. Si usted busca una razón especial por la cual debe proteger a los otros y abstenerse de hacerles daño o causarles dolor, si se pregunta hasta dónde debe llegar la protección y bajo qué condiciones debe mantener el dominio de sí mismo, entonces está postulando que la responsabilidad en relación a los otros es limitada y condicional, y no es válida para todos ni en todas las circunstancias. Abre un espacio para la posibilidad de negar la protección, darle la espalda a quien sufre e incluso causarle dolor y sufrimiento.

La responsabilidad moral es esencialmente irracional: no requiere más justificación que el hecho de que el Otro es un ser humano y necesita nuestra ayuda. La racionalidad, en cambio, impulsa a considerar qué se ajusta mejor a “mis (nuestros) intereses”, “qué hay para mí (para nosotros)”, “qué ha hecho el otro para merecer mi (nuestra) ayuda”. Y una vez que se entra en este camino, se llega tarde o temprano a la idea de que a cierta gente es mejor negarle protección, excluirla o exterminarla en nombre de un “bien mayor” y la “felicidad” de otras personas. Una vez que se supone que la sociedad feliz es una sociedad racialmente pura, la decisión de deportar o mandar a la cámara de gas a judíos y gitanos constituye un modo racional de proceder. Una vez que se tiene la presunción de que una sociedad ordenada debe estar libre de disidentes, encarcelar a los herejes y fusilar a los inconformistas es un medio racional para alcanzar ese fin.

—Si el conocimiento de la historia no garantiza que no vuelva a repetirse un Holocausto. ¿Qué lecciones podemos entonces aprender de la memoria?

—La lección más importante de la experiencia del Holocausto es que haya podido suceder. Medio siglo antes un “holocausto” resultaba inimaginable; incluso cuando era manifiesto, la mayoría de la gente no podía creer lo que estaba ocurriendo, del mismo modo que, años después, tampoco nadie creyó que quienes eran considerados opositores fueran masivamente torturados y asesinados en Argentina y Chile. Hoy, en cambio, lo inimaginable es un mundo seguro contra otro holocausto. Hemos visto a los genocidios, persecuciones y tumbas masivas como una posibilidad constante de nuestro mundo; y ya no creemos —o por lo menos no creemos incondicionalmente— que el progreso de la ciencia y la civilización material puedan neutralizar esa posi-

bilidad. Y así, por un lado, nos hemos vuelto más atentos ante cualquier amenaza que ponga en peligro nuestras instituciones democráticas. Pero, por otro lado, quienes buscan "soluciones radicales" a problemas angustiantes o pretenden aprovecharse de los deseos de otros para acumular un cierto capital político, se ven tentados a recuperar métodos probados en los campos de concentración y gulags. Después de todo, se trata de métodos que funcionaron, por lo menos durante un tiempo... El hecho de que el Holocausto haya sucedido hace menos probable su repetición, pero, al mismo tiempo, lo hace más tentador. Y en nuestro mundo tan globalizado y polarizado no es imposible que la inseguridad y el miedo conduzcan a la búsqueda de salidas radicales.

—¿Cuáles serían los deberes sociales para hacer frente a esta situación?

—Aun en países opulentos y económicamente sólidos, mucha gente se siente angustiada por la incertidumbre acerca del futuro, la inseguridad de sus empleos y la amenaza directa que pende sobre sus cuerpos y el medio ambiente en el que viven. En un contexto mundial globalizado, donde el poder real se esconde de la política y rehuye las instituciones políticas —locales— establecidas, es poco lo que pueden ofrecer los gobiernos para aliviar estas preocupaciones. Sólo están en condiciones de predecir, en nombre de la "prosperidad económica", más incertidumbre e inseguridad. La única área en la cual pueden "hacer algo" y ser vistos "haciendo algo" es la seguridad. Si pudiéramos librarnos de los "elementos criminales"... esos díscolos e intratables extranjeros, gente que no debería vivir entre nosotros y que son "manchas en el paisaje"...

Acusar a los extranjeros como culpables de la inseguridad y transformarlos en blancos del saneamiento es, en toda Europa, una de las argucias favoritas de los políticos exaltados para capitalizar la generalizada preocupa-

ción sobre el incierto futuro. En Dinamarca, Pia Kjaersgaard sugirió no hace mucho que las familias de inmigrantes imputados de un crimen deberían ser encerradas y deportadas en barriles a sus países de origen. En Austria, Jörg Haider consiguió que su partido llegara al gobierno con un discurso fundado en el cierre de las fronteras para impedir el ingreso de extranjeros. En Suiza, Christof Blocher impulsa la propuesta de que la población de cada cantón pueda decidir en un referéndum cuál de los candidatos debería conceder los derechos de ciudadanía, sabiendo que gente ansiosa por proteger a sus vecinos de los fríos vientos globales del mundo aprovechará la oportunidad para "hacer algo", incluso si ese "algo" implica cerrar las puertas y mantenerse bien alejado de los extraños. En Bélgica, Filip Dewinter alerta a sus votantes acerca de los peligros que conlleva el aumento en el número de inmigrantes, y exige la detención inmediata de la inmigración y la adopción una política de "prioridad nacional, prioridad hacia nuestro pueblo". Tomando en cuenta que todas estas medidas, aun en el caso de que sean puestas en práctica, no hacen nada para paliar las fuentes primarias de la incertidumbre y la inseguridad, se impone una tendencia a reclamar soluciones más duras "más radicales" a los problemas. Una vez que empieza a transitarse una pendiente tan resbaladiza, resulta ya imposible decir con certeza cuál será el final y quién será el siguiente sospechoso, aquél cuya vida podrá considerarse "indigna de ser vivida".

—¿Hasta qué punto la experiencia del Holocausto puede resultar útil para abordar el terrorismo de estado en Argentina?

—Como dije antes, la memoria es un arma de doble filo. El pasado recordado es simultáneamente una advertencia y una tentación. Por sí misma, la memoria de hechos atroces no garantiza que no vuelvan a repetirse. A

veces, como hemos visto en la ex Yugoslavia, en Rwanda, en Somalia y en algunas otras partes, la memoria de los crímenes puede desplegarse para justificar nuevos crímenes e incitar al pueblo a convertirse en cómplice. Me pregunto si el verdadero progreso de la humanidad no consistirá más bien en olvidar que en recordar y celebrar el pasado. La víctimas de los crímenes emergen de su agonía moralmente ennoblecidas. Pero más frecuentemente esperan la oportunidad para consumir su venganza, y el círculo vicioso de la violencia permanece intacto.

—Usted dijo que el Holocausto fue un encuentro ordinario de elementos extraordinarios. ¿Están presentes todavía esos elementos? ¿Cómo se inicia el camino hacia un genocidio?

—Nada puede justificar un genocidio. La conciencia moral es inmune a los "argumentos lógicos" y la excusa de que "era poco lo que podíamos hacer para detenerlo" no lavará la conciencia de los espectadores pasivos. Sin embargo, seguir siendo humano en un régimen inhumano no es una tarea precisamente fácil, y culpar a las víctimas o a los testigos silenciosos de la victimización por su falta de resistencia al terror implica instalar normas de santidad y auto-sacrificio que muy pocos pueden alcanzar. Esta es acaso la más insidiosa, perversa y persistente consecuencia del terrorismo de estado: incapacita moralmente a los individuos, pero no puede liberarlos de la responsabilidad moral y el remordimiento. Lleva mucho tiempo curar las heridas. Y las heridas nunca sanarán, se mantendrán abiertas, infectadas, salvo que estos "hechos" se discutan en toda la complejidad ética de la situación, se clarifiquen sus implicaciones y se admita la impotencia del odio y la repulsión del régimen que origina el impulso ético. Los costos emocionales que esto supone serán altos, pero a menos que se los pague, es muy improbable que se recupere alguna vez la sanidad moral. ■